

¿Qué significa hoy ser un movimiento anti-sistémico?

Por Immanuel Wallerstein*



Acuñé el término “movimiento anti-sistémico” en los años ‘70 porque buscaba un vocablo que pudiera agrupar lo que histórica y analíticamente habían sido dos tipos diferentes de movimientos populares, marcadamente distintos y rivales en muchos sentidos –los llamados movimientos sociales y los movimientos nacionales. Por movimientos sociales se refería fundamentalmente a las organizaciones sindicales y los partidos socialistas, y se suponía que perseguían impulsar la lucha de clases al interior de cada estado en contra de la burguesía y los empresarios. Por otra parte los movimientos nacionales buscaban la creación de un estado nacional, ya fuera agrupando unidades políticas separadas que se consideraban parte de una nación (por ejemplo en Italia) o mediante la secesión respecto de estados que eran considerados imperiales y sojuzgadores de la nacionalidad en cuestión (por ejemplo las colonias en Asia o África).

Ambos movimientos emergieron como organizaciones significativas, con sus propias estructuras burocráticas, en la segunda mitad del siglo diecinueve, y se tornaron más fuertes con el transcurso del tiempo. Ambos tendieron a pensar que sus objetivos eran prioritarios respecto de cualquier otro tipo de propósito político, y particularmente más importantes que los objetivos representados por el otro tipo de movimiento rival. Esto frecuentemente derivó en severas acusaciones entre unos y otros, siendo raras las veces en que cooperaban en términos políticos, y si lo hacían tendían a ver dicha cooperación como una táctica transitoria, y no como una alianza básica y duradera.

A mí me parecía, no obstante, que si se observaba la historia de estos movimientos entre 1850 y 1970, los mismos compartían muchas características similares. En primer lugar, muchos movimientos socialistas y nacionalistas se proclamaban reiteradamente “revolucionarios”, esto es, a favor de impulsar una transformación fundamental de las relaciones sociales. Es cierto que tenían un ala –a veces ubicada en organizaciones separadas– que proponía un acerca-



miento más gradual a la transformación social y por ende se abstenía de la retórica revolucionaria. Pero en términos generales, al menos en principio y por un largo tiempo, quienes se encontraban en el poder consideraban a todos estos movimientos (incluso a sus versiones más gradualistas) como amenazas a su estabilidad, incluso a la supervivencia misma de sus estructuras políticas.

La segunda similitud es que en un comienzo ambos tipos de movimientos eran políticamente débiles, y debieron librar una batalla cuesta arriba simplemente para seguir existiendo. Eran reprimidos, incluso proscritos, por los gobiernos; sus líderes eran arrestados; y sus miembros muy a menudo eran sometidos a una violencia sistemática por parte de los estados y también de fuerzas privadas. Muchas versiones tempranas de estos movimientos fueron totalmente destrozadas.

En tercer lugar, ambos tipos de movimientos atravesaron –en el último tercio del siglo diecinueve– por grandes y similares debates alrededor de la estrategia a seguir. Estos debates se planteaban entre aquellos cuyas perspectivas se orientaban hacia el estado y aquellos que veían al mismo como un enemigo intrínseco, y por ende estaban a favor de enfatizar la transformación individual. Para el movimiento social, éste era el debate entre los marxistas y los anarquistas; para el movimiento nacional, entre los nacionalistas políticos y los nacionalistas culturales.

*Ph.D. en Sociología. Profesor emérito de SUNY-Binghamton, Investigador Titular en la Universidad de Yale.

Traducción: Florencia Enghel
Revisión técnica: José Seoane

Sabemos lo que sucedió históricamente con este debate, y ésta es la cuarta similitud. Ganaron aquellos que sostenían la posición de orientarse hacia el Estado. El argumento decisivo que persuadió a la mayoría fue que la fuente inmediata de poder real estaba en los estados, y que cualquier intento de ignorar su centralidad política era una condena al fracaso dado que los estados habrían de suprimir —exitosamente— cualquier tendencia al anarquismo o al nacionalismo cultural. Los grupos orientados al Estado enunciaron a fines del siglo diecinueve lo que se ha dado en llamar una estrategia en dos etapas: primero ganar el poder en el estado; para luego transformar el mundo. Esto fue cierto tanto para los movimientos sociales como para los movimientos nacionales.

La quinta característica en común es menos obvia, pero no menos real. Los movimientos socialistas a menudo incluían una retórica nacionalista en sus argumentos y, a su vez, los movimientos nacionalistas frecuentemente incorporaban una retórica social en los suyos. El resultado era un desdibujamiento de sus posiciones, mayor de lo que jamás éstos reconocieron. Frecuentemente se ha destacado que en Europa los movimientos socialistas cumplían una función de integración nacional, a menudo haciéndolo mejor que los movimientos conservadores o que el Estado mismo. Y ciertamente está claro que los partidos comunistas que alcanzaron el poder en China, Vietnam, o Cuba se constituyeron como movimientos de liberación nacional.

Hubo dos razones para ello. En primer lugar, el proceso de movilización forzó a ambos tipos de movimientos a intentar incorporar a partes cada vez más grandes de la población, y en este sentido ampliar el campo de acción de su retórica fue muy útil. Pero en segundo lugar, los líderes de ambos tipos de movimientos a menudo reconocían inconscientemente que tenían un enemigo común en el sistema existente, y que por ende tenían más en común el uno con el otro de lo que su retórica concedía.

En sexto lugar, el proceso de movilización popular de ambos tipos de movimientos era básicamente muy similar. En la mayoría de los países ambos empezaron como grupos pequeños, a menudo de intelectuales, combinados con un puñado de militantes provenientes de otros estratos. Aquellos que tuvieron éxito, lo tuvieron porque fueron capaces, a fuerza de una larga campaña educativa y organizativa, de asegurar la participación de bases populares en un patrón de círculos concéntricos de militantes, simpatizantes y simpatizantes pasivos. Fue cuando el círculo exterior de simpatizantes pasivos creció lo suficiente como para que los militantes se sintieran como peces en el agua (para usar la metáfora de Mao Tse Tung) que los movimientos se tornaron serios contrincantes para el poder político.

Por supuesto, debiéramos advertir que los movimientos que se autodenominaban social-demócratas tendían a estar sobre todo en las zonas centrales de la economía mundial. Y los movimientos que se autodenominaban de liberación nacional tendían a ser fuertes sobre todo en las zonas semi-periféricas y periféricas. Esto último también era mayormente cierto en el caso de los partidos comunistas. El por qué parece obvio. Aquellos situados en las zonas más débiles veían su lucha por la igualdad como vinculada con la posibilidad de arrebatar el control de las estructuras del estado a los poderes imperiales (control que era ejercido directa o indirectamente).

Por otra parte aquellos ubicados en las zonas centrales, se encontraban ya con estados fuertes. Necesitaban arrebatar el control sobre el mismo a los estratos dominantes si habían de progresar en su lucha por la igualdad. Pero precisamente porque estos estados eran poderosos y ricos, la insurrección era una táctica improbable, y los partidos usaron la ruta electoral.

La séptima característica común es que ambos tipos de movimientos luchaban con la tensión/debate entre “revolución” y “reforma” como modos primordiales de transformación.

Interminables discursos han girado en torno a este debate en ambos tipos de movimientos. Pero el hecho es que, a la larga, y en ambos casos, el debate se basó en último termino en una lectura totalmente incorrecta de la realidad. Los revolucionarios no eran en la práctica muy revolucionarios, y los reformistas no siempre eran reformistas, o al menos la diferencia entre ambos estilos se volvió más y más oscura a medida que los movimientos avanzaron en sus trayectorias políticas.

Los revolucionarios encontraron que debían hacer muchas concesiones si habían de sobrevivir. Y los reformistas encontraron que los caminos hipotéticamente legales hacia el cambio, en la práctica a menudo se encontraban firmemente bloqueados, y por ende se requería la fuerza, o al menos la amenaza de la fuerza, para eliminar estas barreras.

En este sentido, fue más como consecuencia de una situación de guerra que hizo colapsar a las autoridades existentes que debido a sus capacidades insurreccionales, que los movimientos revolucionarios llegaron al poder. Tal como los Bolcheviques dijeron en Rusia en 1917, “el poder estaba desparramado por las calles”. Y una vez que se encontraron en el poder (como sea que hubieran llegado ahí) buscaron permanecer, y esto a menudo requirió sacrificar tanto militancia como solidaridad con los movimientos de otros países. Por otra parte, inicialmente el apoyo popular a estos movimientos, hubieran llegado al poder mediante las armas o mediante el voto, fue igual de grande. La misma danza en las calles saludó el acceso al poder luego de una larga lucha.

La última característica en común que ambos tipos de movimientos presentan refiere al problema de implementar esta estrategia de dos etapas. Una vez que se completaba el primer estadio, una vez que los movimientos estaban en el poder, sus seguidores esperaban que se cumpliera la promesa de la segunda fase: transformar el mundo. Lo que todos los movimientos descubrieron, si no lo sabían desde antes, fue que el poder del estado era menos poderoso de lo que habían pensado. Los estados estaban constreñidos por el hecho de que formaban parte de un sistema inter-estado, en el cual ningún miembro tenía soberanía absoluta.

Cuanto más permanecían en el poder, más parecían posponer el cumplimiento de sus promesas. En tanto los cuadros dirigentes del movimiento se tornaban los cuadros dirigentes del poder, sus posiciones sociales se vieron transformadas, y lo mismo pasó, inevitablemente, con sus psicologías individuales. Alguna forma de lo que en la Unión Soviética se denominó *Nomenklatura* pareció emerger en cada estado en el que había un movimiento en el poder —esto es, una casta privilegiada de altos oficiales, con más poder y más riqueza real que el resto de la población. Al mismo tiempo, se les ordenó a los trabajadores comunes trabajar más que nunca y hacer aún más sacrificios en nombre del desarrollo nacional. Las tácticas militantes sindicales, otrora el pan de cada día del movimiento sindical, se tornaron “contra-revolucionarias” y fueron ampliamente desalentadas y reprimidas por los movimientos que se encontraban en el poder.

Si observamos entonces la situación mundial en la década del '60, vemos lo siguiente: (1) estos dos tipos de movimiento se parecían entre sí más que nunca; (2) de hecho, en la mayoría de los países, habían completado una de las dos etapas de su estrategia y habían accedido al poder casi en todas partes —partidos comunistas en una tercera parte del mundo, desde el Elba hasta el Yalu; movimientos nacionalistas de liberación en Asia y África (y movimientos populistas en América Latina); movimientos socialdemócratas (o partidos similares) en la mayor parte del mundo Pan-Europeo (al menos en forma alternada); (3) sin embargo, no habían transformado el mundo.

Fue la combinación de estos tres factores lo que subyacía a una de las principales características de la revolución mundial de 1968. Los revolucionarios tenían diferentes demandas a nivel local, pero compartían dos argumentos fundamentales en todas partes. En primer lugar, se oponían a la hegemonía de los Estados Unidos y la connivencia de la Unión Soviética para con esta hegemonía. En segundo lugar, condenaban a la Vieja Izquierda (los movimientos anti-sistémicos tradicionales) porque se había tornado “no parte de la solución sino parte del problema”.



Esta segunda característica común surgió de la desilusión masiva de los seguidores populares de los movimientos anti-sistémicos ante la performance de éstos una vez que se encontraron en el poder. Ciertamente estos países conocieron un relativo número de reformas. La mayoría de las veces hubo un incremento de los servicios educativos y de salud, así como un mejoramiento de las condiciones laborales. Pero siguió habiendo considerables desigualdades en la calidad de vida.

El trabajo asalariado alienante no sólo no había desaparecido, sino que había aumentado en relación a la actividad laboral. Había poca o ninguna expansión de la participación democrática real, ya fuera a nivel gubernamental o en el lugar de trabajo; y a menudo sucedía lo contrario. Y a escala mundial, los países tendían a jugar un rol en el sistema-mundo no muy diferente del que habían desempeñado antes (por ejemplo, antes de Castro, Cuba era una economía exportadora de azúcar; y continuó siéndolo, al menos hasta la caída de la Unión Soviética). En resumen, no había habido cambios suficientes. Las quejas podían haber cambiado, pero eran igualmente reales, y la mayor parte del tiempo, igualmente extendidas. Los movimientos en el poder rogaron a las poblaciones de estos países que fueran pacientes, ya que la historia se encontraba de su lado. Pero su paciencia se había consumido.

La conclusión que los pueblos del mundo derivaron de la performance en el ejercicio del poder de los movimientos anti-sistémicos clásicos fue negativa. Perdieron su certeza en que el futuro sería glorioso, y la confianza en estos movimientos, dejaron de creer que estos partidos inevitablemente y sin lugar a dudas habrían de llevar a un mundo más igualitario. Y, habiendo perdido su fe en ellos, la perdieron también respecto de los estados como mecanismos de transformación. Esto no sig-

nificó que las poblaciones dejaran de votar a dichos partidos en las elecciones. Significó que tales votos se tornaron una manera defensiva de optar por el mal menor, y dejaron de expresar afirmaciones en términos de ideología y expectativas.

Desde 1968 ha habido sin embargo una búsqueda persistente en pos de un nuevo y mejor tipo de movimiento anti-sistémico, uno que verdaderamente pudiera conducirnos a un mundo más democrático y más igualitario. Ha habido cuatro tipos diferentes de intentos, algunos aún en curso. El primero fue el florecimiento de los múltiples maoísmos. En la década del '60, y hasta mediados de los '70, emergió en el mundo una cantidad de movimientos diferentes, rivales, generalmente pequeños pero a veces impresionantemente grandes que afirmaban ser maoístas, con lo cual querían decir que estaban en cierta medida inspirados en el ejemplo de la Revolución Cultural China. Esencialmente, argumentaban que la Vieja Izquierda había fallado porque no estaba predicando la doctrina pura de la revolución, y proponían recuperarla como alternativa.

Pero todos estos movimientos terminaron fallando por dos razones. Discutieron amargamente entre ellos respecto de qué era la doctrina pura, y por ende rápidamente se tornaron pequeños grupos sectarios aislados. Los que eran muy grandes, como en el caso de la India, evolucionaron hacia nuevas versiones de los viejos movimientos de izquierda. Pero la segunda razón es aún más crucial. El maoísmo se desintegró en China con la muerte de Mao Tse Tung, y la fuente de inspiración desapareció por completo. Hoy ya no existe ningún movimiento significativo de ese tipo.

Una segunda y más duradera variedad de movimientos anti-sistémicos fueron los de la *New Left* (Nueva Izquierda) —los Verdes y otros movimientos ecológicos, los movimientos feministas, los movimientos de “minorías” raciales/étnicas (como los Negros en los Estados Unidos o *les Beurs* en Francia). Estos movimientos afirmaban tener una larga historia, pero de hecho se tornaron importantes en todo el mundo en los '70, ya fuera por primera vez o en una forma renovada y más militante (más fuertes en el mundo Pan-Europeo que en otras partes del sistema-mundo). Las características comunes de estos movimientos eran básicamente dos. En primer lugar, rechazaban vigorosamente a los movimientos de la Vieja Izquierda —por su estrategia en dos etapas, por sus jerarquías internas, y por las prioridades políticas a las que adscribían (la idea de que las necesidades de las mujeres, las “minorías” y el medio ambiente eran secundarias y deberían ser atendidas “a posteriori de la revolución”). Y sospechaban profundamente de los estados y de las acciones orientadas a éstos.

Para los '80, todos los movimientos de *New Left* estaban divididos internamente entre lo que los Verdes alemanes lla-



maron *fundis* y *realos*. Esto resultó ser una repetición de los debates revolucion/reforma que atravesaron los movimientos de la Vieja Izquierda a principios del siglo veinte. El resultado en última instancia fue que el *fundis* perdió en todos los movimientos, y prácticamente desapareció. El *realos* victorioso tomó cada vez más la forma de una variedad de movimiento social-demócrata, no muy diferente de la variedad clásica, pero con un discurso que atendía en mayor medida lo relativo a la ecología, el sexismo, el racismo o cualquiera de estos temas. En la actualidad, estos movimientos siguen siendo significativos en ciertos países pero no parecen mucho más anti-sistémicos que los movimientos de la Vieja Izquierda, dado que la única lección que éstos últimos extrajeron de la revolución mundial de 1968 y el ascenso de los movimientos de la *New Left*, fue que debían incorporar las preocupaciones relativas a la ecología, el género, la opción sexual y el racismo a sus propias manifestaciones programáticas.

La tercera variedad de movimientos anti-sistémicos fueron las denominadas organizaciones de derechos humanos. Por supuesto, algunas, como Amnesty International, existían con anterioridad a 1968. Pero las organizaciones de derechos humanos se tornaron una fuerza política relevante recién en los '80. Colaboró con su crecimiento la adopción del lenguaje de los derechos humanos con respecto a América Central por parte de Jimmy Carter, y luego la firma del Acuerdo de Helsinki de 1975 con respecto a los estados comunistas en Europa Central y del Este. Ambos elementos dieron legitimidad al establecimiento de las numerosas organizaciones que surgieron en referencia a los derechos civiles. Luego, en los '90, la propagación de limpiezas étnicas alrededor del mundo, principalmente en los Balcanes y Ruanda, despertó un nivel considerable de atención pública sobre estas cuestiones.

Las organizaciones de derechos humanos afirmaron estar hablando en nombre de la “sociedad civil”. El término mismo indica la estrategia; por definición, la sociedad civil

no es el estado. El término proviene de una distinción del siglo diecinueve entre *le pays légal* y *le pays réel*, entre aquellos situados en el poder y aquellos que representaban el sentir popular. La distinción lleva a esta pregunta: ¿cómo puede la sociedad civil cerrar la brecha que existe entre ella y el estado? ¿Cómo puede llegar a controlar al estado, o lograr que el estado refleje sus valores? La distinción parece asumir que quienes controlan el estado actualmente son pequeños grupos privilegiados, mientras que la “sociedad civil” está constituida por la mayoría de la población.

Estas organizaciones tuvieron su impacto y lograron que algunos estados, quizá todos, cambiaran el tono de sus políticas orientándolas, en mayor medida, a los asuntos de derechos humanos. Pero en este proceso llegaron a ser auxiliares de los estados más que oponentes a éstos, y ciertamente en su conjunto no resultaron muy anti-sistémicas. Se transformaron en ONGs localizadas mayormente en zonas centrales que buscaron implementar sus políticas en zonas periféricas, y a menudo fueron consideradas agentes de sus estados-sede más que críticas de dichos estados. En cualquier caso, estas organizaciones raras veces han movilizado un apoyo masivo, y por el contrario han contado más bien con su habilidad para utilizar el poder y el posicionamiento de sus élites militantes en las zonas centrales.

La cuarta y más reciente versión de los movimientos anti-sistémicos post-1968 son los denominados movimientos anti-globalización. Este término viene en realidad de sus oponentes y su utilización por los medios probablemente no sea muy anterior a los reportes de las protestas ocurridas durante las reuniones de la Organización Mundial del Comercio en Seattle en 1999. La globalización, como retórica de los defensores neoliberales del libre comercio de bienes y capital, se tornó una fuerza poderosa durante los ‘90. Su foco mediático fueron los encuentros de Davos, y su implementación institucional estuvo dada por el Consenso de Washington, las políticas del FMI y el fortalecimiento de la OMC. Se suponía que Seattle fuera el momento clave de un esfuerzo en pos de expandir el rol de la OMC. Para sorpresa de la mayoría, hubo una protesta significativa que de hecho desestabilizó la realización de la reunión. Entre quienes protestaban se encontraba una gran cantidad de organizaciones estadounidenses derivadas de la Vieja Izquierda (las organizaciones sindicales) y de la *New Left*, así como de grupos anarquistas. Por cierto, el hecho mismo de que la AFL-CIO estuviera lista para ponerse del mismo lado que las organizaciones ambientalistas en una acción tan militante fue algo nuevo, y más aún tratándose de organizaciones estadounidenses.

Después de Seattle, hubo una serie continuada de demostraciones en todo el mundo cada vez que se realizaban reuniones inter-gubernamentales inspiradas por una agenda neoliberal. Con el tiempo, esto llevó a la construcción del

Foro Social Mundial (FSM), cuyos encuentros iniciales se han desarrollado en Porto Alegre. Para su segunda reunión, en 2002, el FSM reunió a más de 50.000 delegados de más de 1.000 organizaciones, y durante el año ha habido una gran cantidad de encuentros regionales del mismo tipo, en preparación para el 2003. De repente, aparecía un nuevo protagonista en el movimiento anti-sistémico.

Las características de esta nueva variedad son más bien diferentes de todas las construidas anteriormente. En primer lugar, el FSM busca reunir a todos los tipos preexistentes de movimientos anti-sistémicos (Vieja Izquierda, *New Left*, organizaciones de derechos humanos, y aquellos que no caben con facilidad en ninguna de estas categorías). Busca reunir también a movimientos estrictamente locales, regionales, nacionales y transnacionales. Tal convocatoria se basa en un objetivo común –la lucha contra los males sociales consecuencia del neoliberalismo– y un respeto común por las prioridades inmediatas de cada quien. Y lo que es muy importante, el FSM busca reunir a movimientos del Norte y del Sur en un mismo entramado. El único slogan que tienen hasta el momento es “otro mundo es posible”. Más raro aún, el FSM busca lograr esto sin crear una superestructura global. Actualmente, todo lo que posee es un comité de coordinación internacional integrado por una cantidad impar de miembros (aprox. 50) en representación de una variedad de movimientos y locaciones geográficas.

Si bien se escuchan quejas por parte de algunos de los movimientos de la Vieja Izquierda de que el FSM es una fachada reformista, el nivel de estas críticas y de divisionismo es hasta ahora mínimo. Los que protestan cuestionan, pero no denuncian aún. Por supuesto, es fácil reconocer que el éxito hasta este punto ha estado basado en la negativa –el rechazo del neoliberalismo, como ideología y como práctica institucional. Muchos han argumentado que es esencial que el FSM pase de esta posición por la negativa a la defensa de un programa positivo más claro. Si podrá o no hacerlo y mantener a la vez el nivel de unidad y la ausencia de una estructura global (e inevitablemente jerárquica) es el gran interrogante de la siguiente década.

Si tal como he argumentado en otro lugar el sistema-mundo moderno se encuentra en una crisis estructural, y si hemos entrado en una “era de transición”, esto es, un período de bifurcación y caos, entonces está claro que las cuestiones que los movimientos anti-sistémicos enfrentan se plantean en una forma muy diferente que en el siglo diecinueve y la mayor parte del siglo veinte (Wallerstein, 1998; Hopkins & Wallerstein, 1996). La estrategia de dos etapas orientada al estado se ha tornado bastante irrelevante, lo cual explica la incomodidad y el malestar de la mayoría de los descendientes de las organizaciones anti-sistémicas de otros tiempos en lo que respecta a proponer conjuntos de objetivos políticos ya

sea a largo plazo o inmediatos. Los pocos que lo intentan son recibidos con escepticismo por aquellos a quienes quisieran tener como seguidores, o peor aún, con indiferencia.

Un período de transición sistémica posee dos características que dominan la idea misma de estrategia anti-sistémica. La primera es que aquellos que se encuentran en el poder ya no intentarán preservar el sistema existente (condenado como está a la auto-destrucción) sino que buscarán asegurarse que la transición lleve a la construcción de un nuevo sistema que replique las peores características del existente (jerarquía, privilegio, y desigualdades). Podrían no estar usando aún un lenguaje que refleje la caída de las estructuras existentes, pero están implementando una estrategia basada en tales presunciones. Por supuesto, sus integrantes no están unidos, tal como lo demuestra el conflicto entre los denominados “tradicionalistas” de centro-derecha y los halcones militaristas de ultra-derecha. Pero están trabajando duro para obtener apoyo para cambios que no serán cambios, un nuevo sistema tan malo como (o peor que) el presente.

La segunda característica fundamental es que un período de transición sistémica se caracteriza por una profunda incertidumbre y por la imposibilidad de conocer los resultados que deparará. La historia no está inevitablemente de nuestro lado. Cada uno de nosotros puede incidir en el futuro, pero no sabemos y no podemos saber de qué modo los otros habrán de afectar de hecho ese mismo futuro. El contexto básico del FSM refleja ese dilema, y lo subraya.

Una estrategia para este período de transición debiera por ende incluir cuatro componentes, todos más fáciles de enunciar que de cumplir. El primero es un debate constante, amplio y abierto acerca de la transición y de los resultados que esperamos de ella. Esto nunca ha sido sencillo y los movimientos anti-sistémicos en el pasado nunca fueron buenos para ello. Pero es urgente e indispensable.

La atmósfera es más favorable hoy de lo que lo ha sido jamás, y subraya el rol de los intelectuales en esta coyuntura (Dunaway, 2003). La estructura del FSM se ha puesto al servicio de alentar este debate, está por verse si será capaz de mantener su apertura.

El segundo componente debiera ser claro como el agua, pero a menudo no lo es para mucha gente. Un movimiento anti-sistémico no puede descuidar la acción defensiva a corto plazo, incluyendo la acción electoral. Las poblaciones del mundo viven en el presente, y sus necesidades inmediatas deben ser atendidas. Cualquier movimiento que las descuide seguramente perderá el apoyo pasivo generalizado que es esencial para su éxito a largo plazo. Pero remediar un sistema defectuoso no puede ser el motivo y la justificación para la acción defensiva; más bien, el propósito debe ser

prevenir que los efectos negativos empeoren en el corto plazo. Esto es muy diferente psicológica y políticamente.

El tercer componente debe ser el establecimiento de objetivos intermedios a mediano plazo que se orienten en la dirección correcta. Yo sugeriría como uno de los más útiles (substantiva, política y psicológicamente) al intento de orientarse hacia la desmercantilización selectiva pero creciente. Estamos hoy sujetos a una andanada continua de intentos neoliberales de mercantilizar lo que nunca antes fue objeto de ello —el cuerpo humano, el agua, los hospitales. No sólo debemos oponernos a esto, sino que debemos movernos en la dirección opuesta. La industria, especialmente aquellos sectores en crisis, debería ser desmercantilizada. Esto no significa que debieran ser “nacionalizadas”, dado que mayormente la nacionalización ha sido por largo tiempo tan sólo otra versión de la mercantilización. Significa que debiéramos crear estructuras que operen en el mercado cuyo objetivo sea la performance y la supervivencia, pero no el lucro. Esto puede hacerse, tal como lo sabemos a partir de la experiencia histórica de universidades u hospitales —no todos, pero sí los mejores. ¿Por qué habría dicha lógica de ser imposible para las fábricas de acero amenazadas por la deslocalización?

Finalmente, necesitamos desarrollar el significado sustantivo de nuestros intereses a largo plazo, los cuales según entiendo son un mundo relativamente democrático y relativamente igualitario. Digo relativamente porque ello es realista. Siempre habrá brechas, pero no hay razón para que sean enormes, o estén enquistadas, o sean hereditarias. ¿Es esto lo que solía llamarse socialismo, o incluso comunismo? Quizá sí, pero quizá no. Ello nos lleva nuevamente a la cuestión del debate.

Debemos dejar de dar por hecho cómo será una sociedad mejor (no la sociedad perfecta). Necesitamos discutirla, bosquejarla, experimentar con estructuras alternativas para tornarla realidad. Y necesitamos hacer esto mientras desarrollamos las tres primeras partes de nuestro programa para un mundo caótico en transición sistémica. Si estas consideraciones parecen insuficientes —y probablemente lo sean— ello debiera formar parte del necesario debate que constituye el primer punto de este programa.

■ Bibliografía

Dunaway, Wilma A. 2003 “Intellectuals in an Age of Transition”, en *Crises and Resistance in the 21st-Century World-System* (Westport, CT: Greenwood Press).

Hopkins, Terence K. & Immanuel Wallerstein (coords.) 1996 *The Age of Transition: Trajectory of the World-System, 1945-2025* (London: Zed Press).

Wallerstein, Immanuel 1998 *Utopistics, or Historical Choices of the Twenty-first Century* (New York: New Press).